

PRÓLOGO*

La figura de don Diego de Saavedra y Fajardo ha ocupado por lo general un lugar destacado en la historiografía española. Además de sus méritos personales como escritor y diplomático, en realidad su mayor atractivo es el de haber pertenecido a la generación que vivió la última etapa de la hegemonía hispánica y la primera de su decadencia. Para los vasallos de Felipe IV no resultó fácil entender, primero, y aceptar, después, el profundo cambio experimentado por España en solo veinte años, el periodo que fue de las rebeliones de Cataluña y Portugal en 1640 a la Paz de los Pirineos en 1659.

Naturalmente, el declive español no fue tan repentino. Las causas del colapso fueron mucho más profundas y complejas: falta de recursos humanos y económicos, escasa integración de los territorios, rigidez social e ideológica, enemigos excesivos, errores políticos. Pero la generación de Saavedra, a pesar de conocer bien estos problemas (problemas que España compartía con otros países), resultó sorprendida y conmocionada por el carácter abrupto y casi revolucionario de la crisis imperial que explotó en 1640.

Fue lógico: aunque todos los observadores de la época sabían que el poder español estaba llegando a su fin, nadie había profetizado que la causa definitiva del derrumbe no tendría su origen fuera de la Monar-

* Esta investigación recibió el apoyo del grupo *Lendület* (Impulso) Corona Sacra del Instituto de Historia, Centro de Investigaciones de Humanidades de la Academia de Ciencias de Hungría.

quía Hispánica, sino en su propio corazón, en la Península Ibérica. De este modo, el trauma fue más profundo, pues a la rapidez del colapso se unió la conciencia de un fracaso más interior que exterior. Nada fue igual para España después de 1640. Aunque la Monarquía de los Austrias continuó hasta 1700, en realidad había perdido su sentido desde la mitad del siglo XVII.

Para entender mejor estos cambios y a la generación que los protagonizó, el método más seguro es consultar los documentos que aquellos españoles escribieron alrededor del año 1640. Como el autor de este libro demuestra, los escritos de Saavedra expresan el sentimiento de un mundo que estaba desapareciendo. Las cartas de don Diego aquí reunidas, muchas de ellas inéditas y encontradas en archivos de media Europa, representan una ayuda extraordinaria para los historiadores que estudian aquella época de transición. Antes del desastre de 1640, los ministros de Felipe IV cruzaban sus cartas llenas de relativa confianza o, al menos, tenían la esperanza de obtener una paz ventajosa para Madrid; después de aquel año, el tono de seguridad se transformó en temor y en acusaciones entre ellos mismos. Las tensiones entre los embajadores, los gobernadores y los generales españoles aumentaron al mismo ritmo que avanzaba la descomposición imperial. Nadie quería asumir la responsabilidad del colapso. Todos pensaban en volver a España y abandonar la política. Las cartas –y la vida– de Saavedra y su círculo lo demuestran.

El reciente aniversario del inicio de la Guerra de los Treinta Años supone una excelente oportunidad para reflexionar sobre los conflictos europeos, sobre el coste de la violencia y sobre el destino de los imperios. También es un buen momento para analizar el peso del factor humano en situaciones tan graves y extremas, cuando el rey, el diplomático o cualquier ministro deben tomar una decisión urgente sin tiempo para pensar y sin suficientes instrucciones. Las condiciones podían resultar terribles para un gobierno, pero al final eran los miembros del gobierno quienes tenían que elegir un camino u otro. Saavedra Fajardo vivió muchos de aquellos momentos. Quizás por eso, la historiografía lo había idealizado, presentándolo como un embajador de primer nivel, culto y experimentado, pero víctima de una coyuntura infeliz. Actualmente, sin embargo, la visión sobre don Diego es más

moderada, pero sin olvidar sus méritos intelectuales, como demuestra la reciente creación de la «Biblioteca Saavedra Fajardo de Pensamiento Político Hispánico», dirigida por un grupo de investigadores que estudian la tradición política española a lo largo de la historia. Se trata de un bello homenaje que, sin duda, habría gustado a don Diego. En esta misma línea, el autor de esta obra nos ayuda a entender mejor la persona y el trabajo de don Diego, no tan brillante como algunos historiadores han pretendido, pero tampoco un ministro común: su fe en la reputación de España, su catolicismo pragmático, su individualismo a la hora de negociar, su conciencia moderna sobre el valor de la propaganda y su amor a las letras nos hablan de un personaje de transición, atrapado entre los años de la hegemonía española y los del repliegue y el retroceso. Probablemente no hubo en todo el siglo xvii una generación tan interesante como la suya.

RAFAEL VALLADARES

Escuela Española de Historia y Arqueología en Roma, CSIC

INTRODUCCIÓN

Este libro estaba destinado a ser la edición crítica de varios ensayos inéditos de un hombre de letras, moderno y de renombre: Diego Saavedra Fajardo (1584-1648), escritor, jurista, teórico político y diplomático español. Tras las primeras semanas de preparación me di cuenta, repentinamente, de que necesitaba reestructurar por completo el alcance original de la obra. La imagen que tenía de antemano de un diplomático apasionado, aunque notablemente reservado y meticuloso, se había hecho añicos, rápidamente quedó obsoleta a la luz de los viejos manuscritos que estaba examinando. Necesitaba desmontar y reconstruir a continuación su imagen desde los cimientos mismos para llegar a un retrato más realista y fiable de él, uno que se correspondiera mejor con su reflejo, aunque oscuro, en el espejo de la historia.

El libro consiste ahora en una nueva biografía política de los años 1637-1646.

Su centro es el relato detallado de los productos intelectuales y la caída de Saavedra Fajardo durante su delicada misión olvidada entre julio y noviembre de 1640 en el Sacro Imperio Romano Germánico. Allí sirvió como residente diplomático principal de Felipe IV, rey español en la corte de su aliado internacional más importante, el emperador, y, en consecuencia, gestionó una porción significativa de las relaciones entre los jefes de las dos ramas principales de la Casa de Austria (un nombre de dinastía que fue sustituido a partir del siglo XVIII en la mayoría de los países europeos por el término equivalente de «Casa de Habsburgo»).

La tradición historiográfica ha dado por sentado que no se produjeron acontecimientos esenciales y centrales en las labores profesionales del diplomático durante ese periodo. Por lo tanto, se ha asumido que no hay razón para modificar el consenso general sobre los escritos, los logros y las prioridades principales de Saavedra durante su servicio diplomático en las tierras del Sacro Imperio Romano Germánico (1633-1646) durante la Guerra de los Treinta Años, cuando representó los intereses españoles (1) en la corte del príncipe elector, el duque de Baviera, cabeza de la Liga Católica; (2) en los cantones suizos y en el vecino Franco Condado; y (3) en las negociaciones de paz de Westfalia. Otras actividades y misiones más cortas, como, por ejemplo, las de Mantua (1638) y Ratisbona (1640-41), fueron normalmente notas secundarias o se les dio menos importancia en las investigaciones. En general, tanto su presencia como varias misiones en la corte del emperador en Viena y Ratisbona atrajeron poca atención.

Los archivos europeos revelan una historia diferente del diplomático durante este periodo de tiempo relativamente corto (menos de cuatro meses): esa etapa fue una de las más productivas y la que más le cambió la vida en su carrera en Centroeuropa. El residente, recientemente designado en la sede imperial, aunque se quejaba constantemente de la falta de instrucciones e información, estuvo a la altura del desafío a su propio estilo, produciendo, más allá de las correspondencias diplomáticas normales, un número aún desconocido de documentos conservados en varios archivos: votos en la dieta, ensayos y una serie de análisis de la situación vigente, con todos estos subgéneros imbricados.

El estudio de una amplia variedad de documentación archivada en distintos países, principalmente en Bruselas (Bélgica), Londres (Reino Unido), Madrid, Toledo y Simancas (España), Venecia (Italia), y Linz y Viena (Austria), me ha ayudado a comprender las circunstancias y los detalles meticulosos de las decisiones tomadas sobre su carrera y también sobre la elaboración de sus ensayos.

Las limitaciones y circunstancias externas, la política interna y sus imperfecciones y errores dieron lugar a un esfuerzo conjunto por parte de sus superiores y embajadores de alto rango que fue, en consecuencia, apoyado por los gobiernos de Bruselas y Madrid para sacarlo de

la embajada española en la sede del emperador y para «sepultarlo» –como él mismo lo expresó cínicamente– en las montañas suizas como ministro extraordinario. Además, se le negó deliberadamente, en contra de sus expectativas, casi toda autoridad y poder.

Para situar su caída en contexto presento otra caída similar, basada en los resultados de investigaciones recientes y fuentes inéditas. Esta caída, que le ocurrió cinco años después en las negociaciones de la paz de Westfalia, durante la última fase de la Guerra de los Treinta Años, arroja luz sobre su desempeño similar como negociador oficial.

El escritor español, considerado un gran profesional ejemplar por la mayoría de sus biógrafos e investigadores, estaba en la cima de su carrera y la caída no podría haber sido más amarga para él. En esos meses, en el verano de 1640, en Viena, en la casa de un diplomático que pronto se convertiría en su detractor más decidido, había terminado y prologado el que pronto iba a ser su éxito de ventas, un libro emblemático que contenía ensayos políticos, las antimachiavélicas *Empresas políticas (Idea de un príncipe político-cristiano)*, cuyas primeras copias distribuyó en Europa. Se convirtió en caballero de la Orden de Santiago, un reconocimiento largamente esperado, y recibió los honores formalmente en la catedral de Ratisbona en presencia de la élite gobernante del Sacro Imperio Romano Germánico o sus representantes.

En su nuevo papel de diplomático, el de residente de Alemania, que tenía el potencial de ser la posición más influyente que jamás había ostentado, presenció lo más cerca posible cómo España, por última vez en la historia, lanzó y aceleró a *toda* velocidad su maquinaria de guerra mundial, invirtiendo dinero en los Países Bajos españoles y en la rama centroeuropea de la dinastía para evitar una paz o una tregua desfavorable con sus principales adversarios: Francia y la República de Holanda.

El residente-ensayista facultado, plenamente consciente del estado crítico de las tierras de Felipe IV, inundó ambas ramas de la dinastía, la centroeuropea –el emperador y los miembros de su consejo– y la española –en particular, el conde-duque de Olivares, primer ministro de Felipe IV–, con algunos de sus ensayos y memoriales más maduros y osados para justificar y defender no solo los intereses a corto plazo, sino el propósito divino, el poder mundial y la unidad eterna de la Casa de Austria y un futuro significativo para Europa, según sus condiciones.

Saavedra necesitaba trabajar con los colores españoles y, mientras el dominio mundial de la dinastía se desmoronaba rápidamente, el escritor, al igual que todo el cuerpo diplomático de la Monarquía Católica, parecía encerrado en una jaula dorada de probabilidades futuras poco realistas y los mejores escenarios posibles, guiado no solo por un conjunto particular de consideraciones geoestratégicas y políticas, sino también por una visión monumental y universal de una realidad providencial gobernada por un Dios con los mismos colores; una visión compartida por Olivares, el jefe principal, la brújula y, al principio, el patrocinador del diplomático y el que, aunque esto se manifestara de forma distinta, también permanecía cerca del corazón del emperador.

El diplomático murciano intentó escapar varias veces, proponiendo un plan B para arreglar la relación con Francia, como muestra uno de los documentos editados, pero la llave de la jaula dorada fue depositada en la sede española, el Real Alcázar de Madrid, y, desde principios de 1640, sus pensamientos y propuestas rara vez eran bienvenidos y, cuando lo fueron, fue después de que las puertas para mejorar las relaciones internacionales entre la Monarquía Católica que se debilitaba y París ya se habían cerrado.

Sin embargo, todas las condiciones externas fijas no siempre importaron ni tuvieron mucho peso durante las negociaciones vitales y sensibles *in situ* entre los representantes de los estados. Los residentes y embajadores españoles tenían un espacio considerable para maniobrar y mostrar sus habilidades y capacidades, también porque la gran distancia física entre Centroeuropa, Bruselas, Italia y Madrid obstaculizaba la comunicación y, por lo tanto, impedía que los jefes de Estado interfirieran en las nimiedades.

Lo que también importaba, y a veces era lo que más, era el arte de la diplomacia y sus resultados genuinos, espontáneos y tangibles en la política internacional. Una amplia selección de fuentes recientemente encontradas muestra clara y repetidamente que Saavedra fracasó muchas veces y también revela que sus fracasos no pueden explicarse solo por la política interna, las condiciones externas o su propia voluntad, ni por las prioridades que estableció o sus decisiones deliberadas. Ahora sabemos que el dominio de Saavedra de este arte exigente estuvo muy por debajo de su dominio de la pluma. La imagen